

El Señor Ayudante mayor de S. M. Británica, en esta Plaza, me ha dirigido esta noche la noticia siguiente.

Señor Alcalde. = Vitoria 19 de Abril de 1814.

Por el correo de esta tarde he recibido con fecha de 16 del corriente una carta que trae las noticias siguientes, que con la mayor satisfacción comunico á V.

En el día 13 de este mes el Señor Duque de Ciudad Rodrigo recibió la noticia de oficio de nuestro Ministro el Lord Castlereagh que dice, que la Paz está acordada que Napoleon por sí mismo ha abdicado el trono de Francia en favor de LUIS XVIII. y los Aliados han cogido al mismo Napoleon prisionero en Fontenoybleau.

El Señor Duque inmediatamente ha enviado estas noticias al Mariscal Soult, y ha resultado que se han concluido las hostilidades.

La comunicacion con Paris está abierta. En el último ataque de Tolosa, hemos cogido prisionero al famoso General Arispe.

Los Aliados han perdido de 3500 á 4000 hombres, y los franceses 3000.

Las puertas de Bavona están abiertas.

Tengo el honor de B. S. M. = *Saud Moo.* = Ayudante mayor.

Y para satisfacción del público, se manda imprimir, litrar y circular.

El primer Alcalde, Presidente del Ayuntamiento,
Lorenzo Ortiz de Eguía

Impreso en Logroño por el Autor, en su casa de la Calle de Segura, número 10. D. Estanislao Duque de Alba.

BANDO ANUNCIANDO LA TERMINACIÓN DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.
IMPRESO EN LOGROÑO. 1814. (Biblioteca de Joaquín de Entrambasaguas, Madrid)

PARA EL ESTUDIO DEL GRABADO EN LA RIOJA

Se trata de una interesantísima lámina religiosa, grabada en Logroño (1), cuyo asunto voy a exponer relatando, previa-

(1) Mide la plancha 30 cms. de alto por 21,50 cms. de ancho y lleva, el ejemplar a que me refiero, un margen alrededor de medio centímetro, no siempre igual. El papel es grueso, sin marca alguna. En el ángulo inferior derecho aparece el pie de imprenta: «Litografía de Segura en Logroño». Fuera de la plancha, aparece impreso: «El Ilmo. Sor. D. Gaspar de Miranda y Argáiz, Obispo de Pamplona, concedió cuarenta días de indulgencia a los que rezasen un Padre Nuestro delante esta (sic) Sr^a. Imagen». (Colección de Joaquín de Entrambasaguas).

De todo lo indicado se deduce lo siguiente: la lámina fué compuesta a mediados del siglo XVIII puesto que D. Gaspar de Miranda y Argáiz de Calahorra por cierto, según Garrán (Véase su *Galeria de Riojanos Ilustres*. Valladolid, 1888, págs. 649-661.)— que ocupó desde 1742 a 1768, fecha de su muerte, el Obispado de Pamplona, concedió desde este cargo las indulgencias citadas, a la imagen que nos ocupa, en su primitiva tirada, de la cual no conozco ejemplar. Esta es reproducción hecha en el siglo XIX, por el litógrafo logroñés Segura, quien añadió su firma a la plancha primitiva sin duda alguna.

mente, una bella leyenda hagiográfica de la Rioja, como ya hube de escribirla en otra ocasión (1).

Al comenzar el segundo tercio del siglo XI, una terrible plaga de la langosta assolaba Navarra y la Rioja.

Cada año, durante algún tiempo, había ido creciendo hasta llegar a constituir un verdadero castigo divino con que acaso habían de purgarse, según los cronistas, los pecados cometidos por los habitantes de aquellas regiones que sufrían el terrible azote.

Las riberas riojanas y navarras, a orillas del Ebro, opulentas de cosechas, eran invadidas periódicamente por aquella oscura nube que se derramaba por doquier con una espesa y palpitante capa de insectos que devoraban los frutos y las plantas, dejando, al marcharse, la verde y fresca comarca convertida en un desierto raído y estéril.

Tan grandes eran la desesperación y el dolor de todos, presagiando el hambre y la ruina que se avecinaban, de no remediarse tal desgracia, que se dirigieron, pidiendo consejo, al Santo Padre, Benedicto IX, quien, después de reunir el Cónclave de cardenales y consultarle sobre el caso, ordenó en Roma tres días de ayuno, durante los cuales se hicieron procesiones y rogativas para que desapareciera la plaga destructora de Navarra y la Rioja.

Mas al cabo de tres días, surge un prodigio asombroso. Un ángel se aparece al Papa y a un cardenal y les dice que, únicamente, enviando a España a Gregorio, obispo de Ostia, se remediaría el daño.

Reunido el Cónclave de nuevo y después de serle expuesto el caso, determinó que se cumpliese la orden divina y en virtud de ella, el obispo aludido vino a España como legado «a latere» de la Santa Sede, aunque se resistía humildemente a creerse el salvador de aquellas regiones de España.

Era el año de 1039 cuando aquel insigne prelado, luego elevado a los altares con el nombre de San Gregorio Ostiense, vino a la Rioja para liberarla de la plaga de langostas que amenazaba destruir sus fértiles huertas.

Había sido San Gregorio benedictino en el convento de San Cosme y San Damián de Roma, su ciudad natal, y abad, al fin, de su monasterio, por lo cual asistía a los Sumos Pon-

(1) Véase mi libro *Santo Domingo de la Calzada, el ingeniero del Cielo*. Madrid, 1940. (Págs. 49-61), que utilizo en esta nota.

tífices, uno de los cuales, el Papa Juan XVIII, le consagró obispo de Ostia, la ciudad marítima romana, en 1004, concediéndole luego el capelo cardenalicio y el cargo de bibliotecario apostólico en que brillaron su sabiduría y su inteligencia extraordinarias, a la vez que la santidad en sus virtudes.

Llegó a la ciudad de Calahorra, sede episcopal, que, aun sometida al dominio cristiano, conservaba integros su aspecto y su vida moriscos, y en la Catedral, reunió al pueblo comunicándole la misión liberadora que traía y aspiraba a cumplir, ayudado por la piedad de todos.

A continuación hizo sacar en procesión a los Santos Mártires San Emeterio y San Celedonio, y comenzó a recorrer los campos, por la ribera, hasta Logroño, seguido de las gentes.

Todo aparecía cubierto por las insaciables alimañas, cuya masa negruzca se agitaba con un sordo rumor, cuando San Gregorio Ostiense, enfrentándose con ellas, las conjuró, en nombre del Sumo Hacedor, a que abandonaran su labor destructora y desaparecieran.

El pueblo entero estaba pendiente de lo que iba a suceder cuando se realizó el prodigio, que se repitió cuantas veces fué preciso. Las langostas se replegaron poco a poco hasta formar una apretada nube, como una gigantesca colmena, que se alzó pesadamente del suelo, flotó un instante en el aire para volver a caer, y, por último, se elevó íntegra, por encima de cuantos allí estaban y, remontándose oscureciendo al sol, se alejó hasta desaparecer para siempre en el horizonte entre el júbilo y las bendiciones de todos, que pronto volvieron a ver cubiertas de espléndidas cosechas las verdes y frescas riberas del Ebro.

Terminó el Santo su benéfica misión en Logroño y durante su estancia en la Rioja, donde ya vivió hasta su muerte, fueron muchos los que, conmovidos por su predicación, le siguieron como discípulos. Entre ellos el futuro Santo Domingo de la Calzada, que durante cinco años le acompañó en sus piadosas misiones y luego realizó sus propias obras alentado por él.

Sintiéndose morir el santo obispo de Ostia en el país que tanto había favorecido con sus milagros y su prudencia, llamó a sí a Santo Domingo de la Calzada para encomendarle por última vez que hiciera las obras proyectadas y dedicara toda su vida a ejercer la caridad con los peregrinos, y

finalmente, le dió órdenes respecto de su entierro, para que la Providencia señalara el lugar privilegiado donde había de reposar su cuerpo sin que ninguna comarca de las que había visitado le reclamara para sí, con preferencia a las otras.

Después de colocado el cadáver en un ataúd se habría de cargar a lomos de una mula a la cual se dejaría en plena libertad para dirigirse a donde quisiera, pero allá donde cayera, por tercera vez, abrumada por el peso y la fatiga, ese sería el lugar donde habría de enterrarse al Santo.

Apenas terminó el Maestro las últimas recomendaciones que, a este respecto, hacía a su discípulo predilecto, murió santamente como había vivido y después de ser venerado por cuantos allí estaban y los que vinieron de toda la comarca, atraídos por la mala nueva de su muerte, se procedió a su entierro, tal como lo había dejado dispuesto, asistiendo a él ininidad de gentes.

Llevaron a cabo los riojanos los deseos últimos de su salvador San Gregorio Ostiense, y dejando sola a la mula con su venerada carga, fueron siguiéndola en espera del prodigio, que, al fin se cumplió.

Tomó la cabalgadura el camino de Muez y junto a un arroyo, torpe ya por el esfuerzo, tropezó y cayó, levantándose y siguiendo con nuevos bríos el camino que su creador le inspiraba. Fué su segunda caída, rendida la mula por el peso de lo que llevaba, al subir una empinada cuesta, y por último, al llegar a la ermita navarra de San Salvador de Peñalva, sin fuerzas ningunas para seguir, cayó el animal y quedó muerto. En aquel humilde templo fué enterrado el Santo protector de los campos y aniquilador de sus plagas, que ahuyenta sin dificultad, según piadosa creencia, el agua que haya pasado por dentro de su cabeza o haya tenido dentro una reliquia suya, y lo mismo cura las enfermedades del cuerpo o del alma.

Tal es la piadosa leyenda riojana representada en la lámina, en forma histórico-alegórica, con el carácter popular que el Santo y sus milagros debieron de tener desde muy antiguo, y tienen, en la región de La Rioja.

La composición presenta una barroca arquitectura de retablo. Bajo un dosel, cuyas cortinas se entreabren y en el lugar preeminente del centro superior, aparece la figura del Santo, revestido de pontifical, con la mitra puesta, y el báculo episcopal en la mano izquierda, que sostiene asimís-

mo un libro, mientras la derecha se alza levemente en actitud de bendecir. A ambos lados del Santo, en cuatro escenas independientes, con la correspondiente inscripción explicativa al pie, se representan las distintas etapas del milagro de su muerte y entierro. En la primera de la izquierda, San Gregorio Ostiense, en su lecho de muerte, tiene a su lado dos religiosos que le acompañan. Debajo dice: «Murió en la ciudad de Logroño y sus discípulos le asistieron». En la segunda de la izquierda, el ataúd que contiene el cuerpo del Santo, va sobre una mula y detrás le siguen sus discípulos. Al pie, la explicación siguiente: «Ponen el cuerpo en una caja, sobre una mula, y pasa el Ebro». En la primera de la derecha, la mula, con su carga, y seguida de los discípulos del Santo, se levanta de una caída que ha tenido. La inscripción inferior, dice: «Cayó la mula en la falda de Peñalba, se levantó y adelante». En la segunda de la derecha la mula ha caído muerta y sus acompañantes, tomando en sus brazos el ataúd del Santo se disponen a enterrarlo en la ermita, que se divisa en lo más alto de la cumbre. La inscripción puesta al pie de esta cuarta y última escena es la siguiente: «Reventó la mula en la cumbre del monte S. Salvador y sepultaron el santo cuerpo».

La parte central de la lámina es una sola escena cuya figura central es un sacerdote, —revestido de capa pluvial, que le sostiene un acólito arrodillado— el cual sujeta en las manos la cabeza del Santo. En la parte superior de esta—detalle muy realista—hay colocado un embudo por el cual, dos mancebos vacían sendos cantarillos que llevan. El agua, pasa a través de la santa cabeza y sale por su parte inferior, de donde la recogen arrodillados, en vasijas análogas a las citadas, un sacerdote, revestido con casulla, y un acólito, que como el otro, lleva sobrepelliz. Junto al acólito situado detrás del sacerdote que sostiene la santa cabeza, otro sacerdote, revestido de casulla ha ofrecido un cantarillo con el agua pasada por la cabeza del Santo, a una pareja de típicos peregrinos arrodillados, y él, que ha dejado en el suelo su sombrero característico, bebe con avidez, mientras la mujer, con un báculo en la mano izquierda, espera hacer lo mismo que su acompañante. El sacerdote tiene en la mano derecha otro cantarillo que parece acabar de recibir de los que llenan con el agua milagrosa.

Más abajo, y como explicación de la escena que dejo descrita, se lee en una cartela, barrocammente ornamentada y sostenida por dos angelitos, que constituye la parte inferior de la lámina, el texto siguiente, que como todos los anteriormente copiados, reproduzco con la actual ortografía y deshaciendo las abreviaturas:

«Verdadero retrato de San Gregorio Ostiense cuyo cuerpo se venera en el valle de Berrueza, provincia de Navarra, donde se experimentan innumerables (sic) prodigios con el agua pasada por la cabeza del Santo, pues rociando con ella los campos se evita la langosta y todo género de sabandijas dañosas a los frutos.»

La lámina descrita, sin ser una obra maestra, no carece de originalidad y gracia expresivas, de que son buen ejemplo los rostros de los personajes de la escena central en que se reflejan, según el acto que realizan el asombro, la indiferencia, la urción, la fe... La disposición de los elementos del asunto tiene elegante traza de sobria entonación barroca, muy española. No se dice quién sea su autor. La plancha está abierta con cierto cuidado y su ejecución tiene detalles de fino artista, como la imagen del Santo y sobre todo la cartela inferior, francamente bella.

Tal es la pieza que puede incorporarse, con pleno derecho y muy dignamente, por su contenido y su probable rareza, a la historia del grabado en la Rioja.

UN PAISAJE DE NALDA (1)

En uno de mis gratisimos viajes por tierras de Logroño, ese riojano hospitalario que es Diego Ochagavía, nos llevó al elegante escritor José M.^a Lope Toledo, a José Simón, el tremendo bibliógrafo, y al que esto escribe—unidos todos por bonísima amistad—a visitar Nalda y Viguera en uno de esos dorados atardeceres de la Rioja, cuando los verdes y los sienas presentan sus calidades más exquisitas y en el cielo luchan por ser azules como él, unas nubecillas levisimas.

Llevados por Ochagavía recorrimos Nalda y Viguera como si fuera nuestra casa. De cada puerta, misteriosamente,

(1) Se trata de un lienzo de 27,50 x 41'50 cms., pintado al óleo, muy bien conservado, y adquirido en Oviedo hace algunos años, junto con otros cuadros, después de haberlos descubierto en un anticuario de allí, mi querido amigo el marqués de la Vega de Anzo, que, amigablemente me lo comunicó. Desde entonces figura en mi colección.